

LA CIUDAD MAS CARA DEL MUNDO

Llegué hace dos días y por más que quise ir a la Plaza Roja, el frío no me ha dejado. La emblemática postal de Moscú con su Catedral de San Basilio, de torres con cúpulas de cebollas de colores sigue siendo eso, una postal en mi cabeza. Así que me conformo con mirar desde la ventana de mi hotel ese cohete de aluminio que corona el monumento a los cosmonautas.

Estoy en el norte, cerca de la estación de la línea naranja VDHX (Bedenjá) y del Parque de Exposiciones, que es como un Disneylandia soviético lleno de pabellones monumentales dedicados a cada una de las repúblicas socialistas, con fuentes alegóricas a las danzas folklóricas, estatuas de Lenin y hasta una nave espacial chatarra. Cada vez que intento adentrarme en la zona, el frío me cala en las rodillas y las mejillas, los mocos se hacen hielo en la nariz y respirar se vuelve difícil.

No estaba para andar dando paseos con una temperatura de menos veintiséis grados y metro y medio de nieve acumulado por las calles. Reprimí mi espíritu aventurero *retrosoviet* y decidí esperar a la agente inmobiliaria para ir a ver departamentos.

Moscú es una ciudad cara, aquí las habitaciones en un hotel de tres estrellas pueden costar entre 3 mil y 5 mil rublos (200 a 400 dólares) y en uno de cinco, entre 8 mil y 12 mil rublos (500 y 700 dólares). El precio por supuesto no tiene nada que ver con la calidad del servicio, aunque



cada vez más los rusos se esfuerzan por actualizar sus fríos modales y volverse más hospitalarios.

No quería ni imaginar cuánto iba a salir una renta cerca del centro, podrían pedirme hasta 2 mil euros. Gulp. La agente, me lleva por entre bloques de edificios y patios internos cubiertos de nieve y tras sortear pasillos tétricos descubro la oferta inmobiliaria moscovita: departamentos estilo *komunalka* (puras habitaciones independientes con baño y ducha compartidos), tapiz sesentero, candelabros y muebles cincuentones, pianos desafinados en algunas habitaciones, sofás que se usan como camas, tapetes en las paredes y balcones llenos de cosas que el dueño pide dejar ahí. En uno hasta quieren que pague 38 mil rublos y prometen instalarme la cocina ¡en una semana!

Al final conseguí que el dueño del departamento en un edificio stalinista de los años 50, con techos altos, detalles artdecó, muebles Ikea y dos habitaciones, me hiciera una considerable rebaja. Ofrecí pagar inmediatamente dos meses, cuidar su hermosa casa y nunca, nunca profanar la alfombra con mis sucios zapatos. (Los rusos cuidan sus alfombras como su vida, así que siempre hay que descalzarse al llegar a alguna casa.)

Gajes del capitalismo estilo ruso, la gente desconfía aún de los bancos y hay que pagar todo en efectivo. Bajo al cajero, vació mi tarjeta, le pago al nuevo dueño de mis quincenas y enfilo al restaurante ucraniano Taras Bulba para sellar con un vodka y un *borsch* (una sopa de col y betabel) la fructífera búsqueda de mi hogar.

UNA PASA PERDIDA EN EL KREMLIN

¿Cómo llegué al Kremlin? No podía creerlo, solo había salido por agua a la tienda de la esquina. Alzo la cara y estoy frente a esa pared de ladrillos rojos, el mítico bastión de la Guerra Fría iluminado pero difuminado por la ventisca blanca. El vaho de humo de mi respiración me deja pensando ¿como llegué aquí?

Todo por querer cortar camino. Ahora tenía frente a mí a la Catedral de Moscú, la del Cristo el Salvador imponente, de mármol tan blanco como la nieve que golpea sin cesar mis mejillas. Y más allá, el río Moskova bordeando la muralla roja que encierra el Kremlin.

Las cúpulas doradas de la Catedral moscovita son asombrosas, levanto la vista justo cuando piso esa bajada resbaladiza y azoto de sentón. Atrás, unas rusas malas se ríen de mí y pasan de largo sin ayudarme a pararme. La nevada arrecia. Me levanto y la nieve sigue azotándome la cara. Estoy perdida. Pregunto en mi mejor ruso hacia donde está Smolensky Bulevar y apresurados, me esquivan o no me entienden, seguro porque me tiemblan los dientes al hablar.

Nadie se detiene, la calle comienza a llenarse de un manto blanco y yo no sé cómo volver a casa. Con la cara rosa, a punto de caérseme congelados los cachetes regreso sobre mis pasos. La nieve cruje bajo mis botas y sus pequeños copos brillan como diamantes.

Corro para alcanzar a un muchacho que más adelante baja de su auto.

Le grito un “¡discul..!” pero me ahogo en un resbalón que me deja justo debajo de su auto. Fuera de la vista del joven, rápidamente se mete a su edificio. Tendida en el piso, viendo los copos caer en mi cara, me resigno. Cuando descubro que mi abrigo está lleno de esa nieve negra y pisoteada que los rusos llaman *grjaz* rompo a llorar.

¡Pobre india tropical ignorante de las reglas del invierno! Me yergo y con un hondo suspiro sigo andando por el blanco camino que cruje bajo mis pies. Una voz interna, un presentimiento, un destello de orientación me lleva de regreso.

Una hora más tarde, helada, llego a casa. Estaba claro que Moscú no iba a ser fácil de domar ni con todo el ruso del mundo. Y fue entonces que sequé mi orgullo herido y decidí escribirlo todo...

A la semana siguiente, con dos metros de nieve acumulados en las calles regresé al Kremlin, esta vez por voluntad propia. Solo debo caminar diez minutos; vivo en uno de los barrios más céntricos, un vecindario de casonas neoclásicas pintadas de colores pastel que lo mismo dan cabida a embajadas, el Museo Pushkin, edificios públicos, escuelas de arte, teatros, galerías y tiendas de antigüedades que desembocan en la rivera del Mosckova. Aún en invierno, sus calles son un boleto directo a la historia arquitectónica de la ciudad.

Y ahí estaba de nuevo, en un día gris y frío ante esa muralla de ladrillos rojos, símbolo del poder y las intrigas más descabelladas.

Empezar como una simple fortaleza de madera contra los tártaros (1156) y terminar como una obra maestra del Medioevo y el “neoclásico pastel” tiene su mérito.

Obra de maestros italianos del Renacimiento que durante siglos ha sido aderezada y fusionada según el capricho de sus gobernantes, el Kremlin es sobre todo un “lugar resumen”. La emblemática muralla tiene 19 torres, algunas coronadas con estrellas rojas giratorias, otras con leyendas de puertas ocultas y salidas secretas, unas más de campanarios y relojes.

Centro de poder civil y religioso el Kremlin también cuenta con suntuosos palacios que fueron residencias de gobernantes como Stalin y Lenin; emblemáticas iglesias donde fueron coronados los zares y otras donde yacen sus restos; arsenales donde se guardan colecciones de armaduras, armas y balas robadas a diversos enemigos. Y museos que custodian los tesoros más preciados del país, como tronos de maderas finas con águilas bicéfalas talladas, carrozas de oro, íconos, piedras preciosas, huevos de Fabergé (toda una tradición en la Pascua ortodoxa), muebles y ricos vestuarios.

No hay rincón de este lugar que no tenga una leyenda. En esa esquina, la Tumba del soldado desconocido, un pebetero que custodian guardias de jóvenes soldados y cuya máxima atracción consiste en verlos cambiar con esos pasos marciales dignos de un taekwondoín. Mas allá el Mausoleo de Lenin, toda una reliquia momificada del poder soviético que se guardará con pompa y circunstancias

“hasta que muera el último veterano de la Guerra Patria”.

En la entrada principal, la Torre de la Trinidad, desde donde se dieron alarmas de incendio y de epidemias como la peste, recibe altiva a los turistas. Lejos están los días en que su campana fue deportada a Siberia por considerarse de “mal agüero”. Adentro, al pie del Campanario de Iván el Grande, reposa magnífica la Reina de las campanas, una mole de 200 toneladas que tardó un siglo en ser elevada y vio huir a Napoleón no sin salir ilesa. A su lado, El zar de los cañones, un letal artefacto calibre 86, que fue fundido en la Edad Media por los excelentes armeros rusos que ya destacaban desde esa época.

Por allá, el Senado, ahora residencia oficial del presidente ruso, que se integra perfectamente con la Escuela Militar, entonces sede del Soviet Supremo, y hoy solo destinada a oficinas burocráticas.

No se si por haber trabajado toda la semana de noche en el canal o por la belleza de la Catedral de la Asunción con sus frescos de mártires y sus íconos de santos y pecadores que se queman en el Infierno, que comencé a ver apariciones.

Iván el Terrible, con su enojada *schapka* (gorro) de Kazán, grita a sus arquitectos y ordena sacarles los ojos para que no construyan nada igual después. Arriba en los andamios el iconografista Andrei Ruvlev pinta, poseído por la divinidad, santos de mirada dulce y figuras estilizadas. Acá el coronel Potemkin regala a la Emperatriz una bandeja ricamente adornada para celebrar la derrota de los Turcos.

Me hincó para ver qué se siente ser zarina, pero una vigilante mal encarada me insta a no hacer desfiguros y salir de la iglesia. Qué manera de cortar la inspiración.

PALACIOS СУБЪЗГАНЬОС

Aunque no tengo que usar el metro para ir trabajar, el de Moscú me impresiona. Lo primero son sus largas escaleras eléctricas, son tan largas que bajan hasta 40 metros sin interrupción.

Todos en el metro caminan apresurados, mientras filas de enormes militares con perros guardianes vigilan implacables que nadie rompa el orden. A un lado de las escaleras eléctricas siempre hay una casetita donde un *militzo* o *militza* se sienta no se cuantas horas, pero a juzgar por su cara deben ser muchas, y observa a todos pasar.

Supongo que son el equivalente de los policías que en los andenes del metro chilango se suben a su banquito y hacen como que vigilan, nada más que el *militzo* en su pequeña casetita tiene todo un circuito de cámaras para monitorearlo todo.

Por dentro algunas estaciones parecen palacios de mármol, donde columnas romanas, candelabros decó, vitrales coloridos, estatuas y mosaicos en honor del pueblo

trabajador miran el devenir de los ciudadanos. Hay quien las toca para que les den suerte, otros dicen que cobran vida en las noches.

Las paredes, cúpulas y techos de la mayoría de las estaciones están adornadas con la hoz y el martillo, símbolos del pasado que el consumismo de los nuevos tiempos no puede ni quiere borrar, pues la parafernalia soviética es un buen producto. Nomás hay que ver los restaurantes Metro Dinner, donde se puede comer en los vagones del metro y bailar con el *hit parade* soviético.

Ya en los andenes parece que 10 millones de moscovitas llegaron al mismo tiempo, ríos de gente avanzan sin detenerse, a veces empujándose sin piedad. Todos van cubiertos con abrigo de mink y otras pieles de animales y con gorros también de pieles que les llegan hasta las mejillas. Las botas de fieltro, o *valenkis*, que antes eran muy populares entre las rusas fueron cambiadas por botas hasta las rodillas con altos tacones que las hacen más espiadas y atractivas de lo que son.

Hay que dejar de admirar la decoración y moverse al paso de los demás. Los empujones no se hacen esperar, el moscovita detesta los estorbos. Van apurados y con el tiempo contado para alcanzar el *elektrichka*, el tren de cercanías que los llevara a las afueras de Moscú, donde la mayoría puede costear la renta o vivir en las dachas de la familia.

No hay que esperar sonrisas en este *underground*. El ruido ensordecedor de los trenes adormece a la clase

trabajadora rusa y a millones de inmigrantes de las exrepúblicas asiáticas que hacen el trabajo que los rusos desprecian, mientras los verdaderos moscovitas devoran un libro, o miran su ipad, ajenos, indiferentes, ansiosos por salir de este túnel del tiempo.

TORRE DE BABEL

Trabajo en un canal de televisión que más parece una Torre de Babel. Los rusos, árabes, británicos, estadounidenses y australianos que trabajan en los canales árabe e inglés de esta cadena de pronto se encontraron con los representantes más diversos del mundo hispanoamericano.

Españoles, chilenos, peruanos, ecuatorianos, colombianos, mexicanos, argentinos, bolivianos y venezolanos vinimos a dar forma a la televisión rusa en español, cuya oferta noticiosa aspira a limpiar la mala imagen de la Guerra Fría y tender puentes para hacer prósperos negocios con nuestra región. Pero tal parece que vinimos a ampliar nuestras propias dudas idiomáticas y a ahondar las de los rusos.

La cautela reina a la hora de hablar en los pasillos: los españoles ya saben que no se puede andar por la vida “cogiendo” todo, ni taxis ni “ciegos” porque serán blanco de pícaras bromas. Los chilenos nos pegaron el “cachai” con que rubrican cada frase, nos iniciaron en la filosofía “hueona” y mejoraron la noche con sus elixires de piscola